



Sesión Necrológica en memoria del Excmo. Sr. D. Román de Vicente Jordana, Madrid, 25 de mayo de 2017

Intervienen:

Bartolomé Ribas Ozonas, Académico Secretario de la Real Academia Nacional de Farmacia

Juan Ramón Lacadena Calero, Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Rafael Sentandreu Ramón, Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Francisco González de Posada, Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Farmacia y de Número de la Real Academia de Medicina



Román De Vicente Jordana, el Académico

Bartolomé Ribas Ozonas

Académico Secretario de la Real Academia Nacional de Farmacia

Excmo. Sr. Presidente, Excmas. Sras. y Sres Académicos, Familia del Excmo. Sr. Don Román De Vicente Jordana, Sras. y Sres.

Expreso mi agradecimiento a la Junta de Gobierno, que me haya designado para expresar estas palabras, en homenaje y agradecida memoria, del que fuera nuestro compañero y amigo, el Académico Román de Vicente Jordana. Los Académicos aquí presentes y en línea agradecemos la entrañable compañía de su familia, en esta Sesión de homenaje a su persona.

Nombramientos. Román de Vicente Jordana nace el 6 de septiembre de 1920 en Zaragoza, Reino de Aragón. Maestro Nacional en 1940. Licenciado en Farmacia en 1949; y en Medicina y Cirugía en 2003. Doctor en Farmacia con Premio Extraordinario, Doctor en Medicina; Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Master of Science en la Universidad de Cambridge, Inglaterra en 1957, Consejero adjunto y exVocal del Consejo Técnico Asesor del Patronato Santiago Ramón y Cajal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Consta que recién terminada su carrera fue invitado por el Jefe de Departamento a integrarse como Profesor de Clases Prácticas en la Cátedra de Microbiología de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid. Y fue Jefe del Departamento de Bacteriología y de la Unidad de Fitobacteriología del Instituto de Microbiología Jaime Ferrán del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Sobre su vida científica y docente universitaria dará amplia información nuestro compañero Académico D. Rafael Sentandreu Ramón, que se caracteriza por su elocuencia y fraternidad.

Académico Correspondiente. Nuestro compañero Román de Vicente ingresó como Académico Correspondiente propuesto por los Académicos D. Ángel Santos Ruiz; D. Manuel Lora Tamayo y D. Lorenzo Vilas López en el año 1962; y su discurso tuvo por título: *Acción de la temperatura en la determinación de un foco de intoxicación alimenticia, en alimentos congelados*. Como vemos era un experto en análisis microbiológico de alimentos. Resolviendo una intoxicación, embarcándose en un transatlántico desde Barcelona a Cádiz, que viajaba desde Italia a Suramérica, en el que solicitaron ayuda que proporcionó Román de Vicente, que resolvió la causa de la infección con éxito.

El discurso de presentación corrió a cargo del Académico Lorenzo Vilas López, su mentor y Jefe en la Cátedra de

Microbiología de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid. Quien comenta sobre Román: “Yo he sido testigo de toda su vida científica. Desde cuando marchó como becario a la Universidad de Cambridge, a trabajar sobre virus vegetales con Kenneth Smith, cambiando luego al Departamento de Botánica con W.J. Dowson, donde le surgió la idea del *citoarjé*, que, como toda innovación fue controvertida, obteniendo finalmente el título de Master of Science”.

Académico de Número. Por otra parte, en la Memoria de Secretaría consta que Román de Vicente ingresó como Académico de Número, y tomó posesión de la plaza con medalla nº 15 el 8 de mayo de 1986. La propuesta de Román De Vicente fue presentada por los Académicos Sres. Lorenzo Vilas López, D. Ángel Santos Ruiz y D. Manuel Lora Tamayo. Ocupó la vacante producida por el fallecimiento del Académico. D. Ramón Turrientes y Miguel predecesor en la misma. Su discurso de toma de posesión tuvo por título: *Reflexiones sobre la biogénesis del ontos (ser) y del oncos (tumor) en la unidad de la función citoarjé.*

En la alabanza en homenaje a su predecesor, nuestro compañero Román de Vicente se expresa con las siguientes palabras: “bien quisiera tener yo la métrica y el corazón del poeta para glosar una bella elegía que honrase a mi querido predecesor en la medalla número 15 de esta Real Academia” y continúa diciendo que las musas le negaron ese don, y señala que “es en esa parte del hombre, en su espíritu, donde se marca la personalidad, que hay que recordar. Es en el sedimento que queda en el corazón de los amigos y es en lo escrito donde hay que buscar el espíritu del hombre que se fue”. Esas palabras muestran el espíritu de nuestro Académico que nos dejó, Román De Vicente Jordana.

Correspondió la contestación a su discurso al Académico Sr. D. Lorenzo Vilas López. En cuya intervención comentó: “el discurso que el nuevo Académico presenta, de noventa páginas de cuidada redacción, nos introduce, con ejemplos especialmente escogidos, en lo que representa su denominada función citoarjé”. En su discurso, hace una defensa apasionada de lo que ha sido el trabajo de su vida investigadora, la función citoarjé, un modelo funcional del biosistema o estado viviente.

Continuó diciendo el Académico Lorenzo Vilas: “Yo me permitiría destacar del conjunto de su trabajo que, lo relativo a los por él denominados microoncozoos, que no cabe duda merece nuevas confirmaciones experimentales que permitan el aislamiento para poder demostrar así sus actividades biológicas. El resto del discurso es un resumen del aporte experimental que el método científico exige como base para el planteamiento teórico. Lo expuesto en su discurso “sabe a poco” y la Academia espera sus nuevas aportaciones dentro de las sesiones científicas semanales que celebramos”.

Esta propuesta de citarle en un futuro próximo acaeció con motivo del solemne acto protocolario de apertura de curso académico, el 18 de enero de 1990, para el que Román de Vicente lo tituló *El grave peligro de pensar*. Un verdadero ensayo literario redactado con la fluidez y elegancia de la que hace gala su autor en todos sus escritos, y en el que se aborda, con perspectiva histórica, el tema de la libertad de expresión, en el contexto de los derechos humanos.

No comento la faceta científica, porque lo hará mi compañero Rafael Sentandreu Ramón. Sí añado las últimas palabras del discurso de Lorenzo Vilas López, que finalizan así: “Enhorabuena al nuevo Académico y también a la Academia, por el nuevo miembro científico revolucionario, aunque ocasione algún dolor de cabeza. Pero para eso estamos, mientras Dios nos la conserve sobre los hombros y nos quiera ayudar con su espíritu, lo que sinceramente le pido”. Agradecemos de corazón, el bien que aportó Román durante su vida activa académica en sintonía comunitaria en la Real Academia Nacional de Farmacia.

Actividades académicas. En relación con sus actividades académicas, consta en Secretaría que Román de Vicente fue adscrito a su ingreso a la Sección 5ª, a la sazón denominada de “Higiene y Deontología”, hoy 6ª de la que Román de Vicente fue su Presidente con el nombre de “Historia, Legislación y Bioética.

Consta en su expediente que en el Concurso de Premios del año 1953 se le otorgó el Accésit del Premio de la Real Academia por el trabajo titulado *Un efecto bacteriostático en los tubérculos germinados de la planta*”.

Fue delegado de España en la Asociación Internacional de Sociedades de Microbiología desde 1955 a 1986.

En el año 1964 pronunció la conferencia en sesión científica con el título: *Aislamiento de un agente arjesómico de carácter bacteriostático.*

En el año 1967 fue elegido miembro honorario de la Academia de Medicina de Río de Janeiro, Brasil, junto con su padrino y Director de Departamento, Académico de Número de esta Real Corporación D. Lorenzo Vilas López.

Y en el año 1972 intervino en otra sesión científica académica, con el título: *Incompatibilidad citoárgica entre Penicillium sp. y Erwinia carotovora vav. Aroideae.*

Y de nuevo en el año 1973, interviene con el título: *Diferenciación entre el proceso de citoarjesis y otras formas de resistencia de las plantas a la infección.*

Fue Secretario General de la Jornada Internacional de Política Científica de 1973. Y Presidente del Primer Congreso de la Sociedad Internacional de Biología y Ética, que tuvo lugar en Madrid en el año 1977.

Por acuerdo de la Junta de Gobierno se le nombra ponente para la Sesión Necrológica en Memoria del Académico. Sr. Lorenzo Vilas López, que cuenta con su entusiasta colaboración, y se celebra el jueves 4 de mayo de 1989.

Y también consta en esta Secretaría que Román de Vicente, el 18 de Enero de 1990, en esta Real Academia leyó el protocolario discurso de la solemne Sesión de apertura de curso académico, ya mencionado antes.

En 1994, el Prof. Dr. Román de Vicente Jordana fue nombrado Fellow de la World Academy of Art and Science de EE.UU. por su contribución en investigaciones básicas del cáncer. Y es elegido vocal de su Comité Ejecutivo para Europa e invitó al que les habla a ser miembro de la misma.

Román de Vicente hizo la presentación de los siguientes Académicos correspondientes: Prof. Dr. D. Carl Göran Hedén (Suecia), Prof. Dña. Carmen de la Rosa Jorge (España), Prof. Dr. Francisco Velasco de Pedro (España), Prof. John H. Proctor, Dr. D. Ernesto Fernández Bernardo (Chile).

Contestó al discurso de Eduardo Primo Yúfera en su ingreso como Académico de Honor en 2002. El título del discurso fue: *Nuevas tendencias en la lucha ecológica contra insectos: El caso de la Ceratitis capitata*.

En el año 2005, como señalamos antes, Román de Vicente es elegido Presidente de la Sección 6ª de Historia, Legislación y Bioética, vacante por fallecimiento de su titular, el Académico Antonio Portolés Alonso, que lo fue de 1993 a 1999. La Sección 5ª, se denominaba de “Higiene y Deontología”, y en el año 1999 pasó, por la modificación de Estatutos de 1990, a llamarse Sección 6ª de “Historia, Legislación y Bioética”. Y cuyo Presidente es en la actualidad la Académica Dña. Rosa Basante Pol y Secretario el Académico de esta Real de Farmacia y de la Real de la Historia D. Francisco Javier Puerto Sarmiento.

Finalmente comentamos el apasionado entusiasmo que mostró por esta Real Academia, y con el acicate, como tienen fama los aragoneses, también su simpatía y conexión por sus compañeros académicos. En activo acudió a todas sus Sesiones científicas mientras su salud se lo permitió. De continuo mantuvo una intensa y original actividad científica, académica y social con sus amigos, era Miembro de Honor de la Casa de Aragón en la que en cierta ocasión me invitó a comer. La relación con sus amigos la mantuvo a lo largo de toda su vida. Le visité el día anterior a su fallecimiento. Trataba con ilusión y entusiasmo los temas de su vocación investigadora, sus discursos eran originales e impactantes, como hemos mencionado antes, además por su terminología científica y cultural. Era un excelente español que conocía bien la historia del Reino de Aragón, sobre el que me comentó numerosas vicisitudes, por lo que poseía una amplia formación y cultura, no solo científica sino también en humanidades.

Nos deleitó como autor del tema citoarjés. Y nos queda su recuerdo, que no es poco. En su acierto está su amor, su inteligencia y entusiasmo en todos los temas que le concernían, y doy fe que lo hacía con apasionado interés y vigor. Era un aragonés, con toda energía, fruición y empeño, del que guardamos un hermoso recuerdo.

Muchas gracias por su atención.



Román de Vicente Jordana, amigo

Juan Ramón Lacadena Calero

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Excelentísimo Sr. Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia; querida familia de Román: esposa, Consuelo; hijos, Marta, Román, Juan, Cristina, Clara y Alicia; nietos, Pablo, Álvaro, Gonzalo, Rafa, Sofía, Marta y María; hermanas, Magdalena (Manena), Tere y Merche; Excelentísimas Sras. Académicas; Excelentísimos Sres. Académicos; Señoras y Señores:

Cuando la Junta de Gobierno de la Real Academia Nacional de Farmacia me ofreció la posibilidad de actuar en esta sesión necrológica en recuerdo y homenaje de nuestro compañero Román de Vicente Jordana, me sentí honrado y acepté gustoso.

En primer lugar, tengo que pedirle perdón a él porque no le he hecho caso en algo que le oí comentar en cierta ocasión: que a su muerte no quería que la Academia le dedicara una sesión necrológica como la que en estos momentos vamos a celebrar. Estoy seguro que hoy daría su brazo a torcer, aceptando con agrado este recuerdo que, en nombre de la institución, le vamos a dedicar con todo cariño los académicos ponentes que intervendremos en este acto así como todos los presentes.

Román nació en Zaragoza el 6 de septiembre de 1920. Era el mayor de ocho hermanos: Román, Jorge, Mariano, Maribel, Pili, Magdalena (Manena), Tere y Merche. Todos ellos nacidos en Zaragoza, excepto Merche que nació en Madrid.

A pesar de la diferencia de edad que había entre nosotros dos, Román era catorce años mayor que yo, acepté intervenir en este acto como “amigo”, tal como dice el título de mi intervención: *“Román de Vicente Jordana, amigo”*. De hecho, él me recordaba en ocasiones que hace muchos años se refería a mí como “el zagal” que era amigo de la adolescencia de su hermana pequeña Merche. En efecto, durante las vacaciones de verano que ambas familias pasábamos en Jaca, mis hermanas y yo íbamos a jugar por las tardes con mucha frecuencia al jardín de su casa –“Villa Parsifal”– situada al final del paseo junto al rompeolas con su inconfundible olor a boj, hoy día convertida en urbanización. Tengo que decir que si él se refería a mí como “el zagal”, sus hermanas –mis amigas– se referían a él como “el sabio”. Así lo consideraban en su casa. Sin duda que su afán de saber estuvo acreditado por su doble titulación y doctorado en Farmacia y en Medicina. Incluso yo me encontré con él en varias ocasiones en los pasillos de la Facultad de Biología porque asistía como oyente a las clases de algunas asignaturas para ampliar sus conocimientos. ¿Quién nos iba a decir que cincuenta años más tarde coincidiríamos como miembros de esta Real Academia Nacional de Farmacia? No obstante, no me corresponde a mí hablar en este acto de su perfil científico y académico que expondrán, respectivamente, en este acto su compañero de área científica el Dr. Rafael Sentandreu Ramón y el Dr. Bartolomé Ribas Ozonas, Académico Secretario de esta Academia. Solamente diré que desde hace muchos años he conocido su teoría del “*citoarjés*” y el empeño con que Román la defendía. Sí me consta que, como no podía ser de otra manera, su familia compartía con él la pasión y los avatares de la misma. Román era luchador como pocos. Hasta el final de su vida mantuvo su actividad científica creadora. Su libro *“Afanozoos en los arcanos del cáncer”* publicado en 2007 y otro libro, que terminó poco antes de morir, sobre el tema *“oiko-dependientes en su función citoarjés y armónicos en imagen”*, que su familia se encargará de editar como un legado de su vida científica, son buena prueba de ello.

Cuando en 1995 presenté mi candidatura para ocupar la Medalla número 1 de esta Real Academia Nacional de Farmacia correspondiente a doctores en “ciencias afines” que había quedado vacante por fallecimiento del Profesor Alfredo Carrato Ibáñez, otro ilustre zaragozano, Román vino a verme a mi despacho de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense para decirme que él no me votaría porque tenía comprometido su voto con otro candidato, pero que a la siguiente oportunidad podría contar con él. Afortunadamente para mí, no fue necesario porque gané la votación. De cualquier manera, eso se llama juego limpio y “nobleza baturra”, como decía el título de una conocida película española. Así era Román.

La última vez que vi a Román fue un mes antes de morir porque coincidimos en el Centro Ambulatorio de Salud de la calle Quintana, a donde él había acudido por sus propios medios desde Pozuelo porque, me dijo, no quería perder su autonomía. Aprovechamos el tiempo de espera en la consulta para hablar, una vez más, de la Academia y comentar sin acritud lo sucedido durante los últimos años. Lo mismo que se habla de la “flema británica” se puede hablar de la “tozudez aragonesa”. Román, como buen aragonés –y yo también lo soy– era tozudo y eso le llevaba a mantener sus convicciones con firmeza. Para mí, como amigo, fue un consuelo comprobar que su familia decidió que en su esquela figurara como Académico de esta Real Academia Nacional de Farmacia. También a vosotros, su familia, os estará regañando por vuestra bendita desobediencia. En cualquier caso, teniendo en cuenta que Román había inculcado a sus hijos valores como son el perdón y el no ser rencoroso y que él era de los que predicaba con el ejemplo, seguro que ya todos hemos sido perdonados

por él por no haber seguido las órdenes que nos dio en vida.

Román, el amigo.

Según la Real Academia Española de la Lengua, la amistad es el “afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato”. La amistad es una relación de afecto, simpatía y confianza que se establece entre personas que no son familia. Aristóteles dedica los libros VIII y IX de los diez que componen su “*Ética a Nicómaco*” para tratar del valor de la amistad. ¡Qué importante es la amistad! ¡qué triste es la vida sin amigos!

Posiblemente podría decirse que Román era más de amistades que de familia, sin que ello vaya en demérito de su relación con sus familiares más cercanos: esposa, hijos y nietos. Sus amistades incluían un gran abanico de personas, desde el sereno de su casa (cuando lo había), el conductor del autobús (al que convenía para que le parara donde le convenía) o los socios de la Casa de Aragón donde acudía con frecuencia a conferencias y tertulias. En relación con nuestras raíces aragonesas, desde hace unos cuantos años, yo pertenezco a la “Peña Moncayo” y nos reunimos a comer, con su correspondiente tertulia, el último viernes de cada mes entre diez y quince aragoneses (me atrevería a decir “de pro”) de las tres provincias (Zaragoza, Huesca y Teruel) residentes en Madrid y la verdad es que no sé por qué Román no pertenecía a ella porque hubiera sido un contertulio extraordinario. Sus raíces aragonesas le llevaron a tener cierta vinculación con el Partido Aragonés Regionalista (el PAR), manteniendo una relación más estrecha con **Juan Carlos Trillo**. A lo largo del tiempo mantuvo amistades en Zaragoza (**José Luis Roncalés**, farmacéutico) y en Jaca (**Agustín Valero**).

Mantenia relación de amistad con muchos vecinos de Pozuelo, donde residía, con quienes se reunía con cierta frecuencia para tomar el aperitivo o comer después de la misa dominical. Aquí podría citar, omitiendo los apellidos, a **Manolo**, **Agustín**, **Simón** y **Santiago**.

Muchos sábados se reunía con compañeros farmacéuticos entre los que sobreviven **José María Alfaro** y **Manolo Ortega** (miembro de esta Academia) y otros muchos que ya han fallecido (**Emilio Fernández Galiano** que fue también miembro de esta Academia, **Paco Morán**, **Tomás Gil**, **Enrique Flores** y **Pablo González Ameijide**).

En el ámbito profesional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas hay que mencionar en primer lugar a **Lorenzo Vilas** (su mentor y miembro de esta Academia, ya fallecido) así como a sus compañeros **Miguel Rubio** (miembro de esta Academia, también fallecido), **Rodrigo Moreno**, **Manolo Santolalla** y **Fernando Silió**. Aquí es obligado mencionar también a nuestro compañero académico **Julio Rodríguez Villanueva** y su esposa **Isabel Acha**. Dentro del CSIC hay que mencionar también a sus colaboradores **Marina Verdú** y **José Luis Marcilla**.

De sus compañeros de Cambridge (Reino Unido), donde Román estuvo investigando varios años, mantuvo una especial amistad con **Leonardo de Arrizabalaga**, **Richard Oliver** y **Ralph Smith**, de quien intentó despedirse por teléfono personalmente en su lecho de muerte, pero no lograron localizarle. Con ellos se reunía a comer cada cierto tiempo.

Durante los estudios de su segunda carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, tuvo una especial relación con algunos de sus nuevos compañeros jóvenes a los que consideraba sus pupilos como son **Maite Gudín** y **Silvano de las Heras** o aquel otro **Juan** (cuyo apellido lamentablemente desconozco) a quien animó y ayudó para que no abandonara la carrera. Durante la realización de su tesis doctoral en Medicina, tuvo una especial relación con **Luis Arráez**.

Seguro que la adquisición de conocimientos médicos con su segunda carrera daría pie a innumerables conversaciones y discusiones sobre sus propios diagnósticos con sus médicos de cabecera con quienes mantenía una fuerte relación de amistad por encima de la simple relación médico-paciente. Estos eran **Manuel Díaz**, **Pedro Sanchidrián** y **Juan Gómez Durán**.

Decía en un lugar anterior que ¡pobre de aquel que no tuviera amigos!. Ante lo que acabo de exponer, no hay duda de que Román fue muy rico.

Una de las cualidades de la amistad es la fidelidad; por eso, Román sufrió mucho cuando se sintió traicionado por un amigo en relación con unas oposiciones. Como contrapunto, aquí puedo volver a hacer referencia a su noble comportamiento para conmigo cuando ingresé yo en esta Real Academia Nacional de Farmacia que he mencionado anteriormente.

Román mantuvo su concepto de la amistad hasta el final de su vida: baste decir que cuando estaba ya hospitalizado en la última fase de su dolencia, llamó con el teléfono móvil para despedirse de muchos de sus amigos, diciéndoles “esto ya es el final”. Él mismo, como médico, se había diagnosticado. Según me han contado sus familiares, estuvo hablando con el teléfono móvil hasta que se agotó la batería. Entonces se durmió y, prácticamente, ya no despertó.

Antes de terminar, quiero agradecer a **Cristina**, hija de Román, y a **Merche**, su hermana, la valiosa ayuda que me han prestado y me ha permitido redactar estas breves, pero muy sentidas, palabras. Por supuesto que pido excusas si he omitido algún nombre que debiera haber figurado entre la lista de personas nombradas. Ese riesgo se corre siempre que se hacen relaciones nominales.

Termino mi intervención diciendo: Román, amigo, descansa en paz.

He dicho.



Román de Vicente Jordana, científico

Rafael Sentandreu Ramón

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Debo primeramente dar gracias a la Junta de Gobierno de nuestra Academia por darme la oportunidad de exponer ante todos Uds. aspectos de “*Román de Vicente Jordana: como científico*”.

Conocí al Dr. Román de Vicente en 1962 con motivo de mi incorporación como becario del Instituto de Microbiología “Jaime Ferrán”, del Centro de Investigaciones Biológicas del CSIC. Ello fue debido a que por casualidad conocí a uno de los miembros del Instituto que me invitó a visitar el centro. Mi primera visita al CIB me marcó para toda mi vida. Me sorprendió descubrir la actividad inusitada de los becarios más jóvenes, pero sobre todo poder hablar con científicos de prestigio reconocidos que habían completado su formación como investigadores en varios países europeos y en los EE.UU. Me comentaron que el Dr. Román de Vicente había estado investigando por periodos dilatados en la Universidad de Cambridge y que ésta le había concedido el grado de Master of Science en 1957. La Universidad de Cambridge era y es actualmente, según los índices correspondientes, la primera universidad europea en producción científica y la tercera de todo el mundo. Román de Vicente había obtenido previamente el doctorado en Farmacia en 1949 y posteriormente el doctorado en Medicina y Cirugía en el 2003 ambos por la Universidad Complutense de Madrid. Recuerdo la profunda impronta, la marcada huella que me produjo mi entrevista con Román y que aún hoy la recuerdo y leo en mi memoria con toda su intensidad. Obviamente no son mis vivencias las que debo narrar sino centrarme en el homenaje a la memoria de uno de esos científicos que conocí durante el desarrollo de mi trabajo experimental en el CIB: el Excmo. Sr. D. Román de Vicente Jordana.

Como seguramente saben Román fue un científico reconocido fundamentalmente por ser el autor de la Teoría de la Función Citoarjé que expondré brevemente a partir de sus publicaciones y, posteriormente, concluiré comentando aspectos de su amplios conocimientos como científico y los múltiples reconocimientos que tuvo fruto de su actividad científica. Debo pedir que al evaluar su actividad científica hagamos, queridos compañeros académicos y amigos todos, un esfuerzo para introducirnos en su momento histórico, en la realidad del tiempo en que desarrolló su Teoría de la Función Citoarjé y no bajo el prisma del conocimiento biológico actual.

El primer concepto de interés descrito en uno de sus trabajos se refiere a su punto de vista sobre:

Dinámica vital en el desarrollo de los microorganismos sobre la materia viva y sobre la materia muerta.

Román nos dice: La vida pasa por una sucesión de acontecimientos y en un momento determinado esa vida cesa. Los cadáveres de plantas y animales forman una materia muerta. Esta observación no se reduce a eso, muy pronto otros organismos comienzan una vida exuberante sobre la materia que fue también viva.

Lo mismo ocurre con los árboles, con el embrión de pollo o con el niño nacido libre de gérmenes que se caracterizan por que, como los microbios, están en periodo de crecimiento. Muchos de estos organismos cuando todavía se encuentran vivos, han respetado e incluso han favorecido su actividad. Y Román se preguntó por qué. Hago un pequeño paréntesis en esta idea que desde mi punto de vista representa un anticipo a nuestra ciencia de hoy como lo demuestra el estudio del microbioma humano.

Román de Vicente, nuestro investigador, no tuvo fácil encontrar el organismo idóneo para intentar demostrar el porqué de estas observaciones. Entre los modelos posibles, la patata le ofreció las condiciones idóneas. Este tubérculo por su gran autonomía, por su extraordinaria sensibilidad a las bacterias de la muerte, por la posibilidad de paralizar o activar su proceso de germinación a voluntad. Y, finalmente, la autonomía de sus brotes, que permite ser fraccionada en dos o más partes y experimentar con cada una de ellas como una sola unidad sin perder el factor individual.

Los tubérculos de patata se pudren en contacto con las bacterias de la podredumbre, específicamente con *Erwinia carotovora*. Por el contrario, la actividad germinativa del tubérculo paraliza la infección. El sistema de defensa no depende de una condición o factor individual del tubérculo, sino de su actividad metabólica.

Podemos controlar la activación o inactivación de un mismo tubérculo y con ello inducir la síntesis del parásito o la síntesis del material del huésped.

Existe, pues, una competencia o interferencia entre la “vida”, la de la patata y la de la bacteria. La razón de la competencia nos dice, ha de encontrarse en los genes.

Recordemos que la hipótesis del citoarje la desarrolló básicamente a partir de la segunda mitad de la década del 50 del siglo pasado, solo unos pocos años después de la aparición en 1953 en la revista Nature del trabajo de Watson y Crik.

El investigador continúa describiéndonos sus observaciones y nos dice: Un fenómeno semejante lo encontramos en crecimiento de las plantas en función de la temperatura, ésta, bloquea el crecimiento de las plantas tropicales en las cumbres heladas, como así mismo la presencia de la aterciopelada flor de las nieves en las llanuras bajas. Esto, que en términos vulgares llamamos aclimatación, se debe posiblemente a la misma causa que se adivina en los resultados obtenidos en la patata. Su conclusión fue que los organismos vivos necesitan un catalizador al que le dio el nombre Citoarjé (Kytos: célula; arjé: dirigir, mandar), es decir, el citoarjé es aquello, el orgánulo, que dirige y manda en una célula.

Román proponía que el citoarjé debería ser responsable de la función necesaria y última de vida de cada especie viviente: la actividad de síntesis del huésped sería responsable de impedir la correspondiente del parásito y viceversa. Y proponía que el citoarjé pudiera ser una familia de nucleoproteínas, cada una de ellas responsables de las características de cada especie biológica y con carácter universal. Esas nucleoproteínas tendrían la propiedad de regular la vida de cada especie e imprimirían su propia identidad que sería modulada en conjunción con los factores del medio ambiente.

El citoarjé engloba, por tanto, un doble carácter en la célula: un citoarjé correspondería a las nucleoproteínas propias de la especie y que se denominan arjesomas, cuya función sería la de dirigir la síntesis normal de la célula. Otro carácter se debería a la presencia en una célula de un simbiote o parásito, éste sería responsable de inducir una disfunción o una síntesis anormal en la célula huésped y que proponía llamarlo arjevirus.

Como podemos deducir por lo descrito, Román de Vicente fue un innovador imaginativo, un modificador de conceptos, un investigador perseverante con ideas originales de las que nunca se achicó porque a la investigación según decía “hay que sostenerla siempre con esperanza, sinceridad y tenacidad”. Debo recordar que con demasiada frecuencia trabajó con una financiación insuficiente y con la incompreensión de sus compañeros, pero fue capaz de superar muchas de esas dificultades.

La idea del citoarjé, que como toda innovación fue controvertida, merece nuestros respetos y atención. Su tenacidad le llevó a acumular un muy importante trabajo experimental en apoyo de su hipótesis. No se amilanó con las dificultades que encontró y prosiguió adelante apoyado en las dos virtudes que destacan en su conducta: la sinceridad experimental y la tenacidad.

Su trabajo científico no se redujo a la experimentación conexas con la teoría del citoarje, sino que con su amplia formación científica llegó a ser un experto en los ambientes científicos de los alimentos, cáncer y medio ambiente.

Finalmente debo enfatizar que no todo fueron obstáculos, como lo demuestran las becas y ayudas recibidas, principalmente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Fundación Juan March; así como premios, entre los que se encuentran el Alonso de Herrera y el Leonardo Torres Quevedo, y el premio de honor de la Academia Internacional de Lutecia en París. Fue numerario de la Academia de Arte y Ciencias de Estocolmo, honorario de la de Medicina de Río de Janeiro y correspondiente de la Sociedad Argentina de Microbiología. Participó en diversos Congresos, fue responsable de la organización de la Primera Reunión de Microbiólogos iberoamericanos, en 1966, de las Jornadas Internacionales de Organización Científica, en 1973, y el Simposio de Genética y Ética, en 1977, y publicó diversos artículos científicos, la mayoría en el extranjero, así como 7 libros y 20 ensayos.

Finalmente pediros que lo recordemos como un científico valeroso, entusiasta, provocador, inconformista, inquieto, rebelde y curioso, pero perseverante, generoso y a la vez exigente, un soñador que no veía gigantes, sino molinos. Y guardemos este recuerdo porque, como él siempre decía, los recuerdos siempre serán nuestros.

He dicho.



Román de Vicente, creyente

Francisco González de Posada

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Medicina y
Correspondiente de la de Farmacia

Román de Vicente, al que hoy recordamos como compañero reconquistado y reintegrado entre nosotros, nos ha dejado a sus bastantes felices 95 años. Nos conocimos aquí, en esta Real Academia Nacional de Farmacia. No sé por qué razón, si hubiera existido alguna, me concedió el honor de su amistad, su confianza y su aprecio, ciertamente no lo sé. Román, hijo de **ingeniero de Caminos**, y creo yo que por esta condición, rara en el marco de nuestra academia, al situarme en el ámbito de la profesión que en su juventud era socialmente la más importante en España, facilitó, al menos en primera instancia, que me concediera dichos relevantes dones. De ello pueden dar fe, en primer lugar, su esposa Chelo y su hija Clara; también muchos de vosotros habéis sido testigos de la especial consideración con la que nos destacó. Tenía una especial satisfacción en su pertenencia a la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo y disfrutaba en la ciudad imperial, en los últimos años, de nuestra compañía. Gracias, pues, querida Chelo, y queridos hijos de Román: Marta, Román, Cristina, Juan, Alicia y Clara, la menor, quien nos ha mostrado vuestro deseo de que pronunciara unas *palabras académicas* en recuerdo de vuestro esposo y padre. Y gracias, muchas gracias, ¡cómo no!, Presidente y Secretario de nuestra Real Academia, por la amable solicitud de mi participación en esta sesión necrológica.

En el horizonte del pensamiento, tanto como en su trasfondo humano, pueden situarse tres **niveles de reflexión**: el específicamente **científico** -observación de los hechos y experimentación con y sobre hechos-, el propiamente **racional** -elucubración, que caracteriza a la filosofía-, y el genuinamente **religioso** -apertura a la trascendencia, que se refiere básicamente a las consideraciones de fe-. He dicho bien, tres niveles de reflexión humana, tres. La unitariedad -unicidad- del pensar, reflexionar, construir mentalmente, elaborar conceptos, formular teorías es siempre estructural; entre sus notas más significativas, constituyentes de esa prioritaria unidad, pueden señalarse precisamente las tres citadas en tanto que notas estructurales, notas caracterizadoras del pensar: **ciencia, razón y fe**. La identidad humana integra estas tres notas (claramente identitarias del género humano y distintivas del resto de los seres vivientes). La identidad personal dependerá de cómo, cuándo y cuánto se presente y participe cada una de ellas en la forja de la personalidad de cada humano.

Las características citadas no son independientes entre sí sino que en el seno de la unidad estructural, recordando a Xavier Zubiri, son mutuamente respectivas, en tanto que notas caracterizadoras de la unidad pensante y de la unidad de cada acto pensado. Y asimismo son respectivas las manifestaciones sustantivadas que hemos construido conceptualmente, en elaboraciones intelectuales, para un mejor conocimiento de la realidad, de nosotros mismos y de nuestras relaciones: **ciencia, razón y fe**.

Ciencia, Razón y Fe son ámbitos intelectivos distintos, pero son, sobre todo, y en primer lugar, esencialmente humanos. Y por serlo tienen un soporte y un soportador 'personal' común: la persona humana, en la que coinciden los tres niveles, los tres ámbitos. Y primaria y primordialmente son sólo esto o tanto como esto: caracterizadores de la **identidad humana** en tanto que **coexistentes** en ella.

La **ciencia** moderna consagró dos principios: observación y experimentación de los hechos naturales, frente a la prácticamente sola elucubración. Los hechos, tal como fueran, tales como sean, constituirían su fundamento.

Desde Galileo hasta la actualidad, la **ciencia** es el ámbito más generalmente selecto, respetado, admirado. Tanto su contenido como sus afirmaciones pueden ser refrendadas (o rechazadas) por otros, por los demás, por (casi) todos. Es común. En la Edad Moderna, tras Galileo y Newton, con el refrendo de Kant, se colocó en la cumbre, fue adorada, y con ella y su hija la técnica se alcanzaría el mito -la utopía- del 'progreso indefinido'.

La ciencia es también **razón**. Necesita de la razón para su constitución. Los hechos no hablan por sí solos, precisan de una construcción para su elaboración y establecimiento como tal ciencia, conocimiento científico. A veces se han identificado: razón = ciencia. Así, la ciencia exige de la razón, es fruto de la razón, pero no sólo de ella. Se nutre también de la **imaginación**.

Pero la ciencia es también **fe**. ¡Qué duda cabe acerca de la afirmación de Ortega: "La ciencia es una forma especial de creencia"! Sí, ¡qué duda cabe! Creímos en las que para evitar confusiones me gusta denominar, en libros y exposiciones orales, dinámica newtoniana y teoría newtoniana de la gravitación como dogmas durante dos siglos, pero a principios del siglo XX abandonamos estas creencias por otras -las propias de la Relatividad y la Cuántica- y así entre encuentros y desencuentros de principios científicos hemos transitado el último siglo, sin saber propiamente a qué fe científica

someternos, aunque, esto sí, sabedores de que la ciencia nos seguirá aportando verdad, construyendo conocimiento.

La **razón** es prioritariamente personal, es sobre todo ejercicio, es conocimiento adquirible, establecido y repetido. Sí, es ejercicio; se ejercita. No es propiamente objetiva, común, general, ni tampoco pretende(ría) serlo. Tres adjetivos utilizo con frecuencia a la hora de tratar de este ámbito. Con sólo sus respectivas denominaciones se comprenden los tan dispares usos a que da lugar, por ejemplo: racionalidad teológica, racionalidad científica, ... e incluso la siempre dispersa e incluso antagónica a la que nos tiene acostumbrados la racionalidad jurídica, ...

La **razón científizada** es la suma filosofía, es, por una parte, la Filosofía de la Naturaleza, es Aristóteles, es Newton, es Maxwell; y por otra, la filosofía como método, es Descartes, es Kant, es Husserl, es Bunge.

La **razón religiosa** es teología, la ciencia de la reflexión sobre Dios, acerca de lo sobrenatural, el camino hacia la trascendencia, el pensamiento en el más allá espacio-temporal.

La **fe** es ámbito de las creencias, en el que se depositan unos creeres -pensares asumidos-, de amplio espectro, aunque en el lenguaje ordinario el término 'creyente' se identifique con la pertenencia a un credo religioso.

La **fe científica** se presenta tanto como creencia en la ciencia adquirida como en la esperanza en la ciencia por venir tras el esfuerzo humano continuado en la búsqueda de conocimiento cierto.

La **fe racionalizada**, de diferentes maneras y con distintos credos o contenidos, se formaliza usualmente en los denominados, en el ámbito occidental, Catecismos y Confesiones.

Pero si la conceptualización de estos tres términos lingüísticos -ciencia, razón y fe- en su condición de sustantivos es posible, la separación de los mismos en cuanto notas definidoras de una persona, a la hora de caracterizar su identidad personal, no lo es tanto. La persona es ante todo unitariedad y tras ella, y ella misma, se expresa mediante las notas estructurales. Todos, de diferentes maneras, somos simultáneamente científicos, racionales y creyentes.

Hemos oído glosar la figura de **don Román de Vicente**, la del amigo, la del académico, la del investigador. Aquí nos referimos directamente a los términos que estoy utilizando: ciencia, razón, fe. Verdad (casi) objetiva sólo es posible en la ciencia, pero la vida de un humano precisa y exige de los tres ámbitos.

La identidad personal de Román de Vicente se manifiesta, sobre todo y ante todo, como **hombre de fe**, de convicciones, de creencias. Éstas, con sustratos en la ciencia y por vía de la razón, se muestran **firmes** en la memoria y ancladas en la voluntad. En él, de ordinario, no deambulaban con las dudas propias del quehacer intelectual que está con harta frecuencia dedicado a la búsqueda y no regodeándose en lo ya encontrado, lo establecido que usualmente satisface.

La nota de fe adquirió un valor superior en Román. Inundó su hacer y su pensar en ciencia, donde demostró, en actitud de creyente, sus 'descubrimientos' fueran o no propiamente adquiridos con metodología tradicional científica o por personal racionalidad.

Su fe era excelsa, sublime, excesivamente grande, en contraste con un mundo actual caracterizado bien por el dominio de la increencia, bien por el del relativismo -en consonancia con el cientifismo y el racionalismo-, significado mediante la expresión "todo vale".

La vivencia -la convivencia- con un **hombre de fe, firme**, inflexible, es de ordinario difícil. Pero, sin duda, enriquece, a todos los del alrededor.

Román, creyente, sí, en la fe cristiana católica apostólica romana.

Román, creyente en sí mismo. ¡Y con qué firmeza! ¡Con qué seguridad!

Román, creyente también en 'su' ciencia, la mixtura observación-construcción personal, con el valor y la dificultad de 'hacer la suya' -su ciencia- y, a la vez, de 'hacerla suya'.

En nuestra Real Academia Nacional de Farmacia debemos señalar que el Dr. Román de Vicente fue creyente en sus observaciones, creyente en su razonar, creyente en su obra científica. Pero también que fue creyente en su Dios, y creyente en sí mismo. Así era, y se manifestaba, feliz, seguro, en posesión de la verdad, de las respectivas verdades, de las suyas. Y así lo admirábamos y lo temíamos, y lo respetábamos.

Manifestación de **fe científica y racional**, al modo de la modernidad, en que el hombre por sí mismo, por su razón, constituye la máxima de referencia. Pero este hombre ha sucumbido, dejado de ser, en la postmodernidad. El *perspectivismo* ortegiano propio de la realidad tanto o más que de nuestra respectividad en la dualidad persona-realidad, ha transitado a lo largo del siglo XX hacia el *relativismo* de las creencias básicas y de las conductas morales. Román se mantuvo firme en su fe racional, fiel en su racionalidad moderna.

Su **fe religiosa** cristiana católica apostólica romana, firme en sí, no le impedía respetar otras manifestaciones de fe, quizás en actitud recibida en su contacto con el mundo científico británico. Esta convicción la ponía de manifiesto con suma satisfacción al difundir la idea de que la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo admitía en su seno a los creyentes en 'un único Dios personal' y con esta actitud asistía todos los años a los actos conmemorativos de la investidura de nuevos cofrades en San Juan de los Reyes y en la procesión del Corpus Christi, jornada ésta la más significativa de la manifestación popular anual de la ciudad imperial. Creyente, pues, respetuoso con las creencias ajenas, al menos en el marco de la conquista histórica de la filosofía occidental de raíz judeo-cristiana basada en la racionalidad filosófica de que si existe dios ha de ser único, como expresan, al margen de sus disputas históricas y de las barbaridades cometidas en su

nombre, todas ellas.

Hombre de fe, fe religiosa en el Dios uno y trino católico, fe en sí mismo, fe en su ciencia y en su obra científica siempre a punto de concluirse, fe en su sistema de razón. Y se nos ha ido y con él se ha llevado su singularidad: su firmeza y su constancia, su seguridad y sus esperanzas. Hoy descansa en la paz que le ofrecieron su manifiesta seguridad, su razón, su ciencia, su Dios.

En el mundo actual caracterizado según los más relevantes **filósofos sociales** (transcurridas las épocas de modernidad y postmodernidad) por la *postverdad*; según los **teólogos morales** por el *relativismo* de los principios y de las conductas; según los **psicólogos sociales** por la *pérdida de valores*. Es precisamente en este mundo y para este mundo en su actualidad cuando podemos mirar a nuestro compañero que, en esta conmemoración de su recuerdo y en su homenaje, ahora nos contempla y en nuestro mirarlo, descubrir de alguna manera la necesidad de cierta tendencia en los que aquí seguimos de buscar en lo absoluto, regresar a la verdad, objeto primordial de la ciencia, de la filosofía y de la teología, y a recuperar valores perdidos.

A nuestro compañero Román de Vicente: Descansa en paz.